



El hijo de Saúl.
Una historia universal más allá del holocausto

Por ANDRÁS LÉNÁRT

En 1981 el realizador húngaro István Szabó ganó el premio Oscar a la mejor película de habla no inglesa con *Mefisto*, una obra maestra que intentó explorar las relaciones entre el individuo y el poder opresor y hallar la frontera que separa a las víctimas de los cómplices. Aunque el contexto del filme era el *Tercer Reich*, Szabó nos propuso una crítica general contra todas las dictaduras que intentan (y logran) manipular a los miembros de la sociedad. En 1989 otro largometraje del mismo director, *Hanussen, el adivino* (tercera parte de la trilogía comenzada por *Mefisto*) recibió la nominación, pero quedó sin premio.

Después de 35 años, el cine húngaro ha vuelto a obtener la estatuilla otorgada por la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de los Estados Unidos. *El hijo de Saúl*, primer largometraje de László Nemes Jeles, en

2015 y 2016 recibió prácticamente todos los premios cinematográficos más importantes (entre otros, el Gran Premio del Jurado del Festival de Cannes y un Globo de Oro en Los Ángeles), así el Oscar coronó la larga trayectoria. Gracias a este éxito, el cine húngaro ha regresado al mapa cinematográfico universal.

Desde luego, surgieron algunas voces desde la extrema derecha política, sobre todo en Hungría, que no querían aceptar la elección del director. ¿Por qué el Holocausto, otra vez? Ya han rodado tantos filmes sobre el Holocausto, ¿por qué no optó el director por otro evento histórico húngaro? En vez de buscar una réplica clara a estas críticas insensatas y entrar en debates innecesarios, es suficiente ver la película, porque los fotogramas nos facilitan una respuesta mucho más explícita que cualquier defensa escrita u oral.

En cuanto a una película que aborda (o intenta abordar) el horror del Holocausto, siempre se plantea la cuestión inevitable: ¿cómo se puede representar lo irrepresentable? Esta pregunta no es nueva, también surgió en relación con la miniserie estadounidense *Holocausto* (1978) de Marvin J. Chomsky, el documental *Shoah* (1985) de Claude Lanzmann, o la multipremiada *La lista de Schindler* (1993) de Steven Spielberg, para mencionar solo los ejemplos más distinguidos.

Según un sector no desdeñable de la intelectualidad europea, cualquier representación de este genocidio es superflua, errónea e inevitablemente inexacta, porque una cámara es incapaz de acercarse a esta monstruosidad. De todos modos, ¿qué es lo que todavía nadie ha contado sobre el Holocausto? ¿Qué puede añadir este director húngaro al museo audiovisual del tema? Sería injusto atribuir todos los méritos al realizador, porque esta obra es realmente la creación de tres personas con logros



equivalentes: el director László Nemes Jeles, que fue capaz de idear y llevar a cabo un proyecto que muchos consideraban irrealizable; el fotógrafo Mátyás Erdély, que enriqueció el mundo cinematográfico con una serie de imágenes íntimas que nunca se borrarán del imaginario filmico universal y ya forman parte del material de enseñanza en varias escuelas cinematográficas; y Géza Röhrig, el protagonista de la película (un poeta en su vida civil), que llegó a ser la perfecta encarnación de un hombre que de una persona inactiva y contemplativa se transforma en un personaje activo y consciente. Debido al *casting* internacional, el equipo contaba con la colaboración de actores de casi toda Europa, desde Polonia hasta Alemania. La confusión babeliana de lenguas que oímos en la película es el fiel reflejo del ambiente que caracterizaba a los campos de concentración.

El protagonista del film es Saúl, un miembro húngaro del *Sonderkommando* (unidades de trabajo,

formadas principalmente por prisioneros judíos, que tenían la obligación de llevar a cabo varias tareas en los campos de concentración; por ejemplo, trasladar los cadáveres de las cámaras de gas al crematorio y luego limpiarlas antes de la llegada del nuevo grupo) del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, encuentra vivo a un joven entre los cuerpos de los judíos sin vida, asesinados en las cámaras. Un oficial de las SS inmediatamente "corrige el error" y mata al joven, pero este incidente transforma la personalidad de Saúl. Apoyándose en la afirmación que este cadáver es el de su hijo, intenta evitar que le hagan la autopsia, y se esfuerza en lograr que el difunto reciba un entierro según las tradiciones judías a cargo de un rabino. Con este empeño arriesgado pone en peligro su propia vida y también la de sus compañeros que se ven involucrados en los acontecimientos.

Los diálogos quedan eclipsados por otros detalles. Las voces humanas (muchas veces incomprensibles), los ruidos agobiantes, las imágenes agitadas

marcan las líneas generales de la trama, la lógica del terror. Recibimos toda la información a través de un ojo subjetivo, la cámara será el compañero íntimo del ojo de Saúl. Vemos solamente lo que él ve, oímos lo que él percibe, la cámara y los sonidos logran hacer sentir esta atmósfera como si nosotros también estuviéramos presentes allí en carne y hueso. Aunque el objetivo de la cámara generalmente no nos muestra los pormenores de la crueldad y los cadáveres se ven más bien en imágenes borrosas o permanecen fuera de campo, la estética del horror nos está estrangulando al seguir los movimientos del protagonista. El fondo, el segundo plano está perfectamente planeado en cada escena, porque los eventos relevantes a menudo suceden allí. Saúl se ve obligado a vivir y trabajar en medio de la oscuridad, forma parte de la maquinaria del exterminio. Es más, él mismo se convierte en una máquina.

Esta deshumanización es imprescindible para soportar las condiciones, aguantar la tarea de participar en la quema de cuerpos y concebir la mera posibilidad de que tal

horror puede existir en el mundo. Si Saúl no intentara distanciarse del lado humano de los acontecimientos, entonces no podría conservar su sentido común. En este mundillo mental aislado se abre una brecha al encontrar vivo al joven, el protagonista ya no puede seguir desvinculándose de la realidad circundante, debe volver a formar parte del ambiente espantoso. Aunque la sobrevivencia es un deseo natural bajo estas circunstancias, tras la muerte de su (supuesto) hijo, Saúl encuentra otro objetivo que cobra incluso mayor importancia que su propia vida. La película nos demuestra qué es lo que puede despertar la conciencia humana en una persona despojada de sus características humanas, por qué y cómo puede alguien descubrir un nuevo sentido en una vida que parece no tener ya ningún sentido. Saúl recupera su comportamiento humano en medio de un ambiente irracional, de manera que, ante los ojos de sus compañeros, justo su actitud parecerá irracional.

A diferencia de las películas que han sido rodadas sobre el genocidio judío en las décadas anteriores, esta obra



entra en contacto directo con su público, no nos ahorra el difícil trabajo de interpretar las escenas por nuestra propia cuenta y de sacar nuestras conclusiones personales. Se nos perfila una historia adecuada para ser objeto de diversas interpretaciones, pero no nos brinda una lectura histórica bien definida de los acontecimientos. Los cineastas nos plantean preguntas universales y las respuestas se esconden en nosotros. "Universal" es la palabra clave, porque en este caso lo que vemos es mucho más que una historia sobre una persona que sufre en el ambiente del Holocausto. Por eso no me parece adecuado cuando tildan *El hijo de Saúl* de ser una película sobre el Holocausto (o una película de Holocausto). El film puede existir independientemente de naciones, épocas y acontecimientos concretos. Es una historia sobre la humanidad, sobre el ser humano, el infierno terrenal, el sufrimiento del individuo en el contexto de la brutalidad incomprensible y de la humillación perpetrada por otros humanos. El contexto, en este caso, es el Holocausto, pero se le confiere un significado mucho más universal. Con las propias palabras del director:

"Además de que la película mira en las profundidades del alma humana eterna, intenté lograr que, a través de la cara y el destino de una sola persona, lo incomprensible se convirtiera en personal y concebible." En la ceremonia de los Óscar, añadió en su discurso de agradecimiento: "Incluso en las horas más oscuras de la humanidad, todavía nos queda una voz interna que nos ayuda permanecer humanos. Esta película representa esta esperanza."

No obstante, al elegir el Holocausto como contexto, el largometraje formará parte de la memoria histórica cinematográfica sobre este genocidio; es más, será uno de los elementos constituyentes más importantes del universo filmico que ha elegido como tema central esta tragedia

colectiva. Aunque no es *El hijo de Saúl* la primera película en la que aparece el *Sonderkommando*, el enfoque personal e íntimo la convierte en una obra singular. El movimiento agitado de la cámara en mano y la atmósfera sofocante no dejan ni un minuto de descanso para el espectador. En las películas inquietantes generalmente nos perturba lo que vemos. Aquí lo importante es lo que queda en el borde de la imagen, o incluso permanece fuera de campo; lo que sentimos, lo que nos insinúan las escenas.

Muchos plantean la cuestión: ¿ese joven era realmente el hijo de Saúl o el protagonista se equivocó? La respuesta no es importante, incluso sería innecesario contestar esta pregunta. Saúl actúa por todos los hijos que perdieron (y siguen perdiendo) la vida entre circunstancias inhumanas.

T.O.: *Saul fia*. **Producción:** Laokoon Filmgroup/Fondo Cinematográfico Nacional de Hungría (Hungría, 2015). **Productores:** Gábor Rajna, Gábor Sipos. **Director:** László Nemes Jeles. **Guión:** László Nemes Jeles, Clara Royer. **Fotografía:** Mátyás Erdély. **Música:** László Melis. **Montaje:** Matthieu Taponier. **Intérpretes:** Géza Röhrig (Saul), Levente Molnár (Abraham), Urs Rechn (Biederman), Sándor Zsótér (médico), Todd Charmont (Braun), Jerzy Walczak (rabino). **Color** – 107 min. **Estreno en España:** 15-I-2016.